

4-

El 20 de mayo, alrededor de las 4 p.m. entregaba su alma a Dios el querido

Padre

Juan Skrezyna



Sacerdote salesiano, de 65 años de edad, 38 de profesión religiosa, y 28 de sacerdocio. El deceso se produjo en Arequipa, donde residía desde el año 1954.

La muerte fue casi imprevista aunque no imprevista porque la presentía y lo daba entender en sus frecuentes referencias a la eternidad. María quiso que fuese a celebrar su fiesta del 24 de mayo junto a Ella. La había amado toda la vida, desde los brazos maternos hasta la hora de la partida. Y quiso morir teniendo frente a su lecho la imagen bendita de María Auxiliadora. Para eso pidió al P. Juan Schoutens, que lo acompañaba cariñosamente en el hospital, que fuese hasta su cuarto y le trajese la querida imagen. Apenas colocada en la pared, mirándola tiernamente, pronunció las últimas palabras: "ahora sí la veo bien, ahora sí la veo bien", y recostando serenamente la cabeza en la almohada, expiró. Fue la postrera mirada en la tierra dada a la Madre del cielo que dentro de breves instantes contemplaría por toda la eternidad. ¡Qué hermosa es la muerte de los justos que mueren en el Señor después de haber vivido en una permanente entrega a su servicio!

El P. Skrezyna había nacido en Polonia, tierra de lucha, hogar de santos y de héroes, con un cristianismo milenarista incrustado en los hombres y en los acontecimientos. El había heredado este espíritu batallador que le daría envergadura incansable en las fatigas sacerdotales y docentes.

Fue un trabajador a lo Don Bosco. Trabajador del intelecto, y trabajador en los ministerios propios del sacerdocio.

Hijo de un hogar en el que se respiraba aire cristiano y se vivía en cristiano, bebió en él toda la reciedumbre de una casta que mira hacia el cielo sin olvidarse que se está peregrinando en la tierra.

Su padre fue Don Pedro Skrezyna y su madre doña Catalina Klimek. El terruño, la pequeña ciudad de Katy de la jurisdicción de Cracovia.

Su mundo en los primeros años fue tranquilo, hogareño y sin mayores complicaciones. Le gustó mucho la alegría y las fiestas. La noche antes de entrar al noviciado la pasó en vela con las amistades del barrio, cantando los ritmos populares de la juventud de la época y al día siguiente se inscribió definitivamente en las legiones de Don Bosco.

Conservó toda la vida un envidiable espíritu de alegría que florecía en el gracejo y el chiste.

Hizo su noviciado en Czerwinski (Polonia) y al terminarlo se consagró con los votos temporales que habrían de ser sellados con la profesión por toda la vida realizada el 15 de enero de 1938, en Magdalena del Mar.

Sus estudios secundarios y de magisterio (refrendados luego en el Perú). Los llevó a cabo en Polonia, antes de ingresar a la vida salesiana. Profundizó la historia universal de la que fue excelente profesor durante largos años.

Llega al Perú en el año 1933 y en el entonces estudiantado de filosofía de Magdalena del Mar, se consagra al estudio de esta disciplina hasta fines de 1934, al mismo tiempo que aprende a la perfección el catellano, idioma que habló y escribió con tanta corrección que difícilmente se podía sospechar que no fuese de habla hispana.

Estudia Teología en Santiago de Chile, en el Instituto teológico salesiano de La Cisterna, (1938-1941) siendo consagrado sacerdote el 30 de noviembre de 1941. A partir de esa fecha lo encontramos en las mil y una actividades del sacerdocio salesiano. Conoce el Perú y desarrolla su apostolado en Piura como catequista (1942-43-44; Lima - Breña, catequista de los estudiantes (1945 al 47). En 1948-49 y 50 el Seminario San Luis de Cochabamba (Bolivia) lo tiene entre el claustro de profesores y ejerce a la vez la dirección de estudios del plantel; se traslada en 1951 al Callao donde actúa como profesor hasta 1953 para instalarse hasta su muerte desde 1954 en la ciudad de Arequipa.

Sería un poco difícil hacer una síntesis de su personalidad como hombre, como sacerdote y como salesiano. No brilló exteriormente con cualidades deslumbrantes que llamasen exageradamente la atención. Vivió la vida, casi en un modesto anonimato de estudio, trabajo y oración.

Tuvo pasión por la lectura de todo lo que podía darle horizontes más amplios y hacer de él un ministro de Dios más capacitado. Poseía el griego y se complacía en leer todos los días alguna página de la Sagrada Escritura en esa lengua. Decía que la precisión del lenguaje helénico daba un sentido más claro al sagrado texto. Leía y estudiaba los santos Padres y disfrutaba no poco con las grandes creaciones modernas de la literatura sin descartar las novelas tan ricas de mensajes y tan abundantes en la descripción y profundización de la tipología humana. Sobre todo aprovechó de la historia universal y de las clases de religión para crear en sus alumnos un sentido claro de la realidad humana y una aspiración constante a mejorar la propia vida con el auxilio de la fe, con el conocimiento de la palabra revelada y con la elevación y contacto con Dios por la oración.

Otra característica del P. Juan fue su amor al ministerio sacerdotal, y a las actividades de nuestra vida salesiana. Amaba su sacerdocio y amaba tiernamente su vocación de religioso salesiano. Confesor asiduo, predicador eficiente, catequista convencido convirtió el ministerio de la palabra en una palestra y usó de ella como medio privado y público para sembrar siempre el bien. Convencía porque sus razones eran sólidas y porque creía sinceramente lo que enseñaba. Supo tallar en la profundidad de las almas la imagen de Cristo.

Pero lo que como sacerdote salesiano lo hizo inconfundible, creándole una aureola de auténtico hijo de Don Bosco fue su ansia de encontrar, favorecer y ayudar eficazmente a los jóvenes que aspiran a la vida sacerdotal y religiosa. Sabía buscarlos, descubría en los candidatos las cualidades propias del estado religioso y luego no descansaba hasta lograr que entrasen en el seminario o en la casa religiosa. Como los buscadores de oro de la leyenda, el buscó el oro de almas dispuestas a la consagración. Son muchos los que hoy caminan por la senda del sacerdocio o de la vida religiosa habiendo sido orientados, animados y hasta favorecidos materialmente por el P. Juan. No temía la humillación que impone el pedir cuando sabía que este dinero iba a ser empleado para ayudar una vocación.

La Inspectoría Santa Rosa ha perdido un sacerdote, un salesiano que creía en Don Bosco, creía en la eficacia actual de su sistema de educación, creía en el trabajo inteligente; que no era un "dilettante" de infinitos círculos de charlas, de interminables horas vaciadas en moldes de mezquinas concepciones de experiencias inútiles. Ha perdido a un sacerdote que creyó siempre en la eficacia de un sacerdocio que sabe predicar de rodillas. Pero la inspectoría ha ganado allá arriba un amigo que hará fuerzas para que no nos desviemos de la ruta.

Murió tranquilo. Se sintió mal en la mañana y creyó que era un resfrío por haber dormido con la ventana abierta. Pero el facul-

tativo descubrió un precipitarse a la carrera de un infarto cardiaco. Cuando lo supo, porque la sinceridad del P. Director le indicó el peligro, llamó a su confesor, dialogó largo con él, recibió la absolución de toda la vida, pidió la Unción de los enfermos, la Bendición Papal. El P. Director le dijo que ya estaba todo preparado para partir hacia la eternidad, pero el buen salesiano acotó "todo no, falta algo". ¿Qué falta, respondió el P. Director? Falta la "Bendición de María Auxiliadora" Inmediatamente le fue impartida y al poco rato serenamente, como había vivido, fue al Padre para entregarle esa alma que le regalara hace 65 años y que él había adornado con el ejercicio de una vida luchadora y ejemplar.

Hoy rezamos ante su tumba para que si aún necesita purificarse, la plegaria le aminore el dolor del purgatorio y un día esta caridad sea ejercida por otros para nosotros.

La ciudad de Arequipa se conmovió. Los periódicos anunciaron su muerte y se condolieron con la Congregación Salesiana.

La Misa Concelebrada por 17 sacerdotes, muchos de ellos no pertenecientes a la Comunidad y presidida por el suscrito que de inmediato se trasladó desde Lima para acompañar al Hermano hasta la última morada y estar junto a esa Comunidad en el dolor, fue todo un movimiento de reconocimiento a la intensa labor que el P. Juan había desarrollado.

Cuando el féretro estaba por ser sacado de la iglesia para ser conducido al campo santo, un pequeñito mirando el ataúd y dirigiéndose a su mamá le dijo: "mamá yo quiero ser sacerdote como el P. Juan" Hasta después de muerto suscitaba el anhelo de ser sacerdote en un alma inocente.

Mis queridos Hermanos: la muerte del P. Skrezyna nos recuerde el **estote parati** y su recuerdo sea un aliciente para seguir luchando con optimismo y confianza. Nuestra Congregación necesita hombres del temple del que nos dejó. Nuestra Inspectoría tiene muchas obras entre manos y los salesianos se van raleando. Es menester que todos nos preocupemos por buscar sucesores, por aumentar los obreros de la mies porque es mucha y ellos son excesivamente pocos.

Os pido una plegaria por él y un recuerdo fervoroso por vuestro afmo. en Don Bosco.

Lima, 18 de Junio de 1969.

P. Emilio Vallebuona
Inspector
